

PRÓLOGO

SIGLO XXI: CABALGAR EL TIGRE

Gonzalo Rodríguez

Viene de mucho antes, quizás incluso siempre haya sido así, pero es ahora, al acercarnos a la línea del primer cuarto del siglo XXI, cuando de nuevo emerge, esta vez de manos de la pandemia del Covid-19, la antigua consigna sapiencial de la Vía de la Mano Izquierda. De la “vía húmeda” que nos obliga a confrontar cuerpo a cuerpo a las potencias del nihilismo, precisamente para usarlas como forja y oportunidad de un nuevo despertar y regeneración. Regeneración que será anuncio de un verdadero cambio de fase y fin del ciclo moderno. Una oportunidad para decantar lo que justo está en la otra punta de la Modernidad y es esencia y vórtice de la “Raza del Espíritu” ...

*

La situación que estamos viviendo con la crisis del coronavirus tiene algo de inédito, nos dice Alain de Benoist. Pues

el virus parece ser muy contagioso pero tiene por el contrario una letalidad un tanto selectiva, y hasta cierto punto limitada. Y sin embargo, para enfrentarnos a él, hemos parado el Mundo, y más de cuatro mil millones de personas a lo largo y ancho del planeta, han quedado confinadas en sus casas. Una cosa nunca vista. Es así que no tanto por el número de muertos, como por las consecuencias y escenarios que genera, esta “pandemia” va a hacer historia y va a marcar los años venideros: “No es la epidemia la que va a abrirles los ojos, sino la crisis económica y social que viene después. El postcoronavirus será más destructor que el coronavirus mismo”.

Y aquí, lo primero que salta a la vista es la lamentable falta de previsión de la que parecen haber hecho gala todos los gobiernos de Occidente. Sin provisión suficiente de mascarillas, test, aparatos respiratorios o camas para una eventual situación de epidemia como la que vivimos, y eso, aún cuando se venía advirtiendo desde hace tiempo, de cómo una crisis sanitaria como la el Covid-19, era cuestión de tiempo, que incentivada por los estragos ecológicos que propicia el mundo moderno, llegara a azotarnos.

Para más inri, todo este desastre se habrá servido entreverado, por parte de muchos gobiernos, con declaraciones rimbombantes, afectadas, retóricas, confusas, contradictorias o abiertamente falsas. Declaraciones que no servirán sino para encubrir, tal como nos señala Alan de Benoist, que ni siquiera en la Edad Media el confinamiento de las personas sanas fue una solución para terminar con una epidemia. “Sólo se llega a eso cuando no se ha previsto nada”...

En este sentido, gobernar tiene mucho que ver con prever y efectivamente, el cortoplacismo propio de las democracias, la competencia entre partidos, y las elecciones cada cuatro años, como en tantas otras cosas, nos habrá dejado una vez más a los pies de los caballos...

*

Y es que, cómo platea el tono general de los distintos artículos que componen este libro, la crisis del coronavirus es un aldabonazo evidente de la falacia de la “mundialización feliz”, y la plenitud humana “mediante el libre comercio” y la democracia liberal y progresista.

La Modernidad en realidad sólo funciona en su superficie, y en su corriente de fondo nos socava poco a poco. No se puede compensar así y por ejemplo, la desindustrialización, con el turismo y el paradigma falsario de la “aldea global” y los “ciudadanos del Mundo”. La realidad es muy otra y el escepticismo frente a la narrativa de la Globalización como destino único y feliz de la Humanidad, no es que tenga todo su sentido, es que con las crisis del coronavirus, se muestra si cabe con más razón. Literalmente Alan de Benoist nos dirá: “(lo que muere es) la idea de que una sociedad puede funcionar sobre la única base del contrato jurídico del intercambio mercantil, y que el orden humano resulta de la regulación técnica de los flujos. Lo que vuelve así es la idea de una primacía de lo común. Gran lección del retorno de las fronteras: cuando se rechaza tener puertas, uno se topa con un muro”. Y en cierta medida, en una afir-

mación como esta, se concentra gran parte de la llamada a la disidencia que recoge este libro. Y es que es el propio laboratorio de la Globalización, lo que sería viral...

*

Ahora, esta caída del velo de la Globalización, esta evidencia de sus límites y disfuncionalidades, es mucho más que abrir los ojos a una problemática política y socio-económica, es también ahondar en la dimensión antropológica de la Modernidad y ver “el fin de la farsa” moderna. Es decir: La muerte existe. La vida es provisional. Todo es provisional. Y nada es por sentado y vivir es morir...

Anatema para la Modernidad es pensar y vivir así. La muerte está prohibida. Es algo extraño y ajeno que les pasa a los demás, aunque finalmente también nos alcance a nosotros y a nuestros seres queridos. Pero de eso a penas se habla y se quiere ocultar.

Tal es así el nivel de degeneración del mundo moderno, que el sapiencial *memento mori* de la Tradición, se convierte de este modo en algo revolucionario y subversivo. Y es que a la Modernidad le preocupa la esperanza de vida, pero nada sabe ni de su sentido ni de su propósito, y de este modo quiere vivir de espaldas a la Muerte. Como si ésta no existiese. Pero eso no es posible... La muerte existe e interpela a la vida, a su dirección y contenido, y obliga a pararse y meditar. Pero parar y meditar, “contemplar”, es algo que ha quedado proscrito por el virus moderno. Y es así tan “de mentira” e inconsciencia, que vive el Hombre de nuestro

tiempo. Obviamente por el camino y de paso, casi sin saberlo, el Hombre moderno sabotea su propia existencia...

“Nada peor que la muerte y nada después de la muerte”. Así mal vive el moderno... Así mal gasta su vida el moderno. Sin embargo para el Hombre de la Tradición la muerte lo es todo. Y por eso a la vida, se la “coge por el cuello y no se la deja escapar”, tanto porque es misión y propósito, como porque es regalo y oportunidad...

*

Estar encerrado durante meses en casa también nos acerca a esto...

Buela nos dice así es su artículo que la Modernidad nos quiere limitados al naturalismo, según el cual, “el hombre es lo que come y lo que ve”. Y es así que confinado en casa, se le debe procurar comida y televisión. Pero obviamente... “eso no alcanza”, porque el Hombre es algo más...

Y es que las conductas del moderno al uso y durante el confinamiento, han sido síntoma de lo calamitoso del tipo humano que genera nuestra época: estresado, ansioso, asustado, aburrido, abúlico, febril, ocupado, insomne, amodorrado... entregado a la agitación más estéril, o a la abulia más deprimente.

En frente de ambas desviaciones, “la vía de la Acción” de la Tradición Sapiencial y su reivindicación de la “Contemplación”. En el sentido del reposo en uno mismo. Del hacer de nuestro propio ser, nuestro refugio y fortaleza...

VV.AA.

La serenidad de darle a cada cosa su tiempo, desde un centro interior capaz de mirar “desde fuera”, el paso de todo tiempo...

Buela nos dirá literalmente: “El saber posponer la satisfacción de lograr en forma inmediata aquello que se desea es el mejor signo de equilibrio espiritual del Hombre, pues *“su alma deja de ser prisionera del servicio del instante”* como ocurre con el animal”.

Y esas estamos, en una humanidad que acercándose al animal, no se hace “libre y salvaje”, sino esclava de la neurosis y la necesidad...

*

En todo caso los gobernantes y la ciudadanía del común, quieren cerrar cuanto antes la crisis del coronavirus, al modo de quien cierra un paréntesis, pero las cosas no son así. Pues la cuestión no es poner en marcha otra vez el Golem de la maquinaria económico técnica y su “auto determinación del progreso”, sino darnos cuenta de cómo el tiempo del postcoronavirus abrirá una espita de crisis económica y social, en la que será difícil que no se desvelen tanto las falacias sobre las que se sostiene el sistema, como las oportunidades y horizontes renovados que la crisis nos ofrece. Una alternativa a la Globalización y el nihilismo moderno que necesitará de brújula y orientación para poder asentarse y hacerse realidad. De ahí la relevancia de leer y reposar artículos como lo que recoge este libro.

Y es que el maestro Dugin nos dirá: “El coronavirus ha enterrado todos los grandes mitos de la globalización”...

- La eficiencia de las fronteras abiertas y la interdependencia de los países del mundo.
- La capacidad de las instituciones supranacionales para hacer frente a una situación extraordinaria.
- La solidez del sistema financiero mundial y de la economía mundial en su conjunto cuando se enfrentan a graves desafíos.
- La inutilidad de los estados centralizados, los regímenes socialistas y los métodos disciplinarios para resolver problemas agudos y la completa superioridad de las estrategias liberales sobre ellos.
- El triunfo total del liberalismo como panacea para todas las situaciones problemáticas.

No se puede imponer el mundo del mercado y sus reglas, a la vida privada y la *res publica*, pues éstas por definición, están fuera de ese mundo y esas reglas, y responden a otro horizonte. Un horizonte que tampoco puede avizorarse sin más desde el socialismo, y tampoco puede esclarecerse sin más desde los nacionalismos. La respuesta está en otra parte, esa que precisamente ha querido sacarse unilateralmente de la ecuación, y que no es otra que la Tradición. Entendida ésta en su sentido espiritual, superior y sapiencial, y no meramente religioso o conservador.

Es este sentido, las palabras de Aleksander Dugin resultan especialmente acertadas:

“El fracaso de la Globalización ha sido visible desde principios de la década del 2000: la catástrofe del 11 de septiembre, el fuerte crecimiento de la economía china, el retorno a la política mundial de la Rusia de Putin como entidad política cada vez más soberana, la fuerte activación del factor islámico, la creciente crisis de los inmigrantes y el auge del populismo en Europa, e incluso en los Estados Unidos (...), han demostrado que el mundo formado en el decenio de 1990 en torno a la dominación de Occidente, los Estados Unidos y el capitalismo mundial, ha entrado en una fase de crisis”.

Pero es prematuro querer hablar ya de cómo será lo que tendremos los próximos años. La rueda está todavía girando y no es momento de jugar a ser adivinos, si bien este “cisne negro” del coronavirus tiene un altísimo potencial disruptivo y hay que estar atentos a lo que pueda pasar a partir de ahora. Pues la unilateralidad de contemplar la Globalización como único horizonte del discurrir histórico se resquebraja, y bien parece que vamos ya hacia “otra cosa”.

Estamos así adentrándonos en un *interregno* del cual la crisis del coronavirus no es sino el primer paso. Un paso en el que pueden quedar atrás algunas ideas que parecían inamovibles, mientras avanzamos todavía no sabemos hacia dónde, y por un terreno tan quebradizo como resbaladizo. Un terreno en el que cabe caer y hundirse, y tener que luchar por salir a flote y sobrevivir...

La década que tenemos por delante será así un punto de inflexión, y “hará historia”. Hará, un antes y un después. La falsa obviedad de la democracia liberal burguesa y el progresismo sociocultural, como único horizonte de sentido y seudo religión moderna indiscutible, se podrá venir abajo.

En palabras de Aleksander Dugin:

“Es probable que el modelo de capitalismo universal se derrumbe. Este modelo sirve actualmente como denominador común de toda la estructura de la unipolaridad: desde la absolutización del mercado hasta la democracia parlamentaria y la ideología de los derechos humanos, pasando por las nociones de progreso y la ley del desarrollo tecnológico, que se convirtieron en dogmas en la Europa de la Nueva Era y se extendieron a todas las sociedades humanas a través de la colonización (directa o indirectamente en forma de occidentalización).

No es posible decir así de antemano qué será finalmente del modelo multipolar en su conjunto, pero el hecho mismo de romper el dogma generalmente dominante de la globalización liberal abrirá oportunidades y caminos completamente nuevos para cada civilización”.

*

“Convertir el veneno en elixir y la noche en oportunidad”... Así reza la doctrina sapiencial de la Vía de la Mano Izquierda, y así de nuevo emerge su sabiduría para guiarnos en este trance al que vamos ya abocados a costa de la

epidemia del coronavirus. En la tradición grecolatina Hesiodo, nos habla de un tiempo oscuro de decadencia y confusión en el que emergerá como respuesta y contra posición, un tipo humano capaz de restaurar el orden y la claridad perdidos. Una “raza de héroes” que confrontará las potencias del nihilismo y el caos para restaurar en el alma del Hombre y en el Mundo, la Luz y el Orden. Es así que vivimos un tiempo de “héroes”. De confrontación y restauración. De sanación del alma y sanación del mundo, a través del enfrentamiento espiritual con las potencias “de la oscuridad” y la ofuscación. Con las potencias del Kali Yuga. Un “caos creativo” como signo de nuestro tiempo, que debe ser convertido en oportunidad para un nuevo despertar y regeneración...

Así lo indica la Tradición Sapiencial cuando advierte de la llegada del tiempo que estamos viviendo, y nos habla de “cabalgar el tigre”. Sea entonces esta sabiduría, imagen paradigmática y fuerza ancestral, el antídoto y el tratamiento más seguro contra el virus moderno...